Moisés Vincenzi escribe una emocionada página en homenaje póstumo del poeta don Rogelio Sotela

La muerte de los hombres nos impulsa a realizar el balance de su obra. El que hemos hecho del múltiple esfuerzo social e intelectual del poeta y del ciudadano, nos consuela un tanto de su prematura desaparición. Como hombre, cumplió generosamente su elíptica de patriota, de esposo, de padre de familia y de amigo. Se construyó a sí mismo con valor, con inteligencia e hidalguía. Costa Rica entera se lo reconoció haciéndole una de las más hermosas manifestaciones fúnebres que hemos visto. Lo dejó descansar bajo una pirámide de flores y de lamentos. Pero, en lo que respecta a su obra de espíritu en los predios de las letras, su poderosa inquietud lo condujo a victorias análogas. Fué, la suya, una vida entera y proporcionada como un mármol antiguo.

Hizo, para ejemplo de las nuevas generaciones, un apostolado del arte; vivió siempre en función de escritor en un país en que el libro y el artículo se hacen al margen de la realidad cotidiana, entre el ataque de la mayoría y la indiferencia de los otros. En una tierra en que ser artista equivale a perder el tiempo en las rutas nebulosas de la fantasía y del ensueño. No hizo caso de la indiferencia y organizó la historia intelectual del país; y cantó, en verso fácil y amable, a su modo, los motivos de su drama específico: los de la belleza del mundo exterior e interior, hechos música en su alma. Y esa fué su característica más aguda: la de vivir cantando en Beocia. Luchaba por la existencia en el día y cantaba en la tarde.

Bella y significativa coincidencia la de haber muerto cerca del catafalco del maravilloso autor de los Ritos. Y la de haber fallecido en día trece, como José Santos Chocano. Y la de haber sido, como el cantor de América, generoso con todos.

No sólo su esposa, sus hijos, su familia entera, han de estar orgullosos de él: además, la república de las letras americanas que recibiera, en treinta años de vida literaria, el inapagable concurso de su mente.

MOISÉS VINCENZI.

Rogelio Sotela

Por Rafael Ovidio Valenzuela

A veces en patena de oro nos ofrece Dios el momento oportuno de agradecer los favores. Por mi cuenta me he cogido este derecho distinguidísimo de hablar en memoria del literato prestante, del familiar amantísimo, del amigo platónico, del orador fascinante, del compuesto de un coraje roblíneo.